

Actitud provocadora

Sherrilyn Kenyon

Traducción de Violeta Lambert



A mi madre,
que lo significaba todo para mí

Prólogo

Irak, 2003

No hay nada en la tierra tan caluroso como el desierto en agosto. Steele yacía en el agujero que él mismo había cavado en la arena bajo su tienda para ocultarse en caso de un ataque mortal, tratando de recordar la fresca brisa con aroma de madreSelvas que solía aligerar los calurosos veranos de su infancia.

Si se quedaba allí durante el tiempo suficiente, podía casi apartar de su mente los sonidos de fondo de las operaciones del ejército. El sonido de tanques moviéndose, de soldados gritándose unos a otros. El olor a sangre, sudor y miedo. La dureza de su fusil caliente, clavándosele en un costado, mientras lo mantenía apretado junto a él.

Dios, quería volver a casa ahora mismo.

Volvió a pensar en Brian, quien hasta hacía tan sólo dos días había compartido su tienda con él, y se estremeció de dolor.

Quizás después de todo no quería regresar a casa.

Todavía podía sentir la punzada que le habían provocado las palabras de Teresa cuando la había llamado para ver cómo estaba.

«¿Cómo te crees que puedo estar, pedazo de imbécil? Simplemente, he tenido que decirle a mi hijo de dieciséis años que su padre ha muerto. ¡Te odio, inútil bastardo! Me juraste que lo mantendrías con vida. Tú eres quien debería haber muerto, y no él. A nadie le importaría si hubieses sido tú.»

Lo peor era que él sabía que ella tenía razón. Brian no habría estado allí si Steele no le hubiera hablado de alistarse cuando acabaron la universidad. Habían sido amigos desde la infancia, y Brian sentía adoración por él. Teresa había querido que Brian

se dedicara al mundo de la empresa, pero él había sido tan estúpido como para apartarlo de allí.

«Soy yo, Brian, yo cuidaré de ti. Será como cuando éramos niños. ¿Recuerdas cuando fingíamos ser soldados con nuestros fusiles? Estará bien. Sólo nosotros dos, cubriéndonos las espaldas el uno al otro. Nadie puede tocarnos.»

Ahora estaba pagando por aquella arrogancia.

Debería haber muerto él... a nadie le hubiera importado una mierda si hubiese sido él. El odio de Teresa era irracional, pero muchas esposas de soldados eran presas de ese odio cuando morían sus cónyuges. Incluso aunque supieran los riesgos, era difícil asumir la realidad y resultaba durísimo vivir con ella.

Quizás con el tiempo ella se lo perdonaría.

Dejó escapar una bocanada de aire, con lentitud y cansancio, y se detuvo en seco cuando dos hombres entraron en su tienda, llevando en sus brazos los pequeños baúles reglamentarios del Ejército.

—Sargento —dijeron los dos soldados a modo de saludo.

Si él fuera un oficial, no lo hubieran saludado. Steele tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco ante aquel pensamiento, lo cual, dada la situación actual, podría significar una bala en la nuca para alguien. Pero su comandante había decidido que el protocolo militar debía respetarse, incluso si eso significaba recibir la bala de un francotirador en la cabeza...

A menos que se tratase de un buen capitán. En ese caso las «vías apropiadas» adquirirían un significado enteramente nuevo.

Steele frunció el ceño ante ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—El capitán Schmidt nos dijo que empaquetáramos las pertenencias del cabo Garrison. Hoy vendrá un hombre nuevo a reemplazarlo.

Steele entrecerró los ojos al oír sus palabras. Sabía que Brian no tardaría mucho tiempo en ser reemplazado, pero maldita sea...

Era demasiado pronto. Él no estaba preparado. Necesitaba más tiempo para enfrentarse con aquel enorme agujero que había en su interior y le dolía cada minuto de cada día por la pérdida del amigo, mejor dicho, del hermano que había perdido. Nadie podría reemplazar nunca lo que Brian había sido para él.

Con el corazón enfermo, observó cómo los dos soldados comenzaban a colocar las cosas de Brian en una de las taquillas. Había un montón de fotografías de su hogar en Fort Benning que Teresa le había enviado de ella y de Cody. Dibujos que Cody había hecho y coloreado en su clase. Una pequeña almohada que Teresa le había enviado, perfumada con el perfume que siempre llevaba.

Acudieron a él imágenes de Brian sosteniendo esa almohada contra su rostro antes de echarse a dormir. Brian había querido a esa mujer por encima de todas las cosas. Se habían conocido siendo estudiantes en el segundo año de facultad en una lavandería y se habían enamorado inmediatamente. De lo primero que hablaba Brian por la mañana era de Teresa y Teresa era en lo último en que pensaba antes de dormir.

Brian había muerto con una foto de ella y de Cody en el bolsillo.

Steele frunció el ceño al ver a uno de los hombres arrancando páginas del cuaderno de Brian, donde escribía un diario de sus días en el infierno. Brian estaba extremadamente orgulloso de hacerlo. «Algún día, Cody querrá saber qué es lo que hacía su padre mientras estaba lejos. De este modo, sabrá exactamente cuántas veces pensaba en él y en su madre.»

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Steele a los soldados.

—El capitán dijo que confiscáramos cualquier cosa que pudiera contener información confidencial para que el sargento de la sección pudiera revisarla más tarde.

Steele les lanzó una mirada de odio.

—Eso son notas de un diario para su esposa y su hijo.

—Podrían comprometernos.

¿Comprometerlos?

Eso era endiabladamente gracioso, viniendo de su capitán.

Steele se golpeó los pies con el rifle que solía llevar en la mano, pero sabía que no sería nada bueno atacar a esos hombres; se limitaban a obedecer órdenes.

—Brian no escribió ahí nada que...

Se interrumpió al ver a uno de los soldados revisando las fotos. Estaba apartando las que mostraban a Brian en uniforme, que eran casi todas.

Aquellas fotos y las cartas de Brian eran todo lo que a Teresa y a Cody les había quedado del hombre que amaban.

¡Todo aquello era basura! La ira se apoderó de él, arrancó el cuaderno de las manos del soldado y se dirigió a ver a su ilustre capitán.

Con cada paso que daba su furia aumentaba. Lo que hacían no estaba bien. Brian no era una simple pieza que pudiera sustituirse. Había sido un hombre con un futuro. Con una familia que lo quería y lo necesitaba.

«Eres un soldado. Sabes cómo es la vida.»

Steele venía de generaciones de soldados. Hombres que habían muerto en la guerra. Tenía que haber estado preparado para lo ocurrido.

Y, sin embargo, no podía sobreponerse a la muerte de Brian tan fácilmente. Había estado demasiado unido a él. Brian no había sido simplemente otro soldado para Steele.

Había sido un hermano.

Steele se detuvo cuando se halló cerca de la tienda del capitán. Pudo oírlo hablando por teléfono.

—No, señor. No estoy seguro de cómo los hombres llegaron a perderse. —El capitán en realidad se reía—. Ya se sabe cómo es el desierto. No es fácil orientarse en él. Los accidentes pasan en todas partes, y aquí pasan muchos.

Steele comenzó a sentir un tic nervioso en la mandíbula.

—No, señor. Estaban allí sólo para explorar el estado del territorio. Se suponía que el sargento Steele no iba a entablar contacto con el enemigo. Yo mismo continué intentando imaginarme qué es lo que ha ocurrido.

Basura. Ese hijo de perra los había enviado allí con un objetivo claro. Éste les había estallado en la cara... el enemigo sabía que venían, y ahora ese cabrón pretendía decir que él no estaba al tanto...

Steele sujetó su rifle aún con más fuerza mientras el capitán continuaba restando importancia a un asunto que a Brian le había costado la vida.

Pasados unos segundos, el capitán colgó el teléfono.

Antes de que Steele pudiera controlar sus emociones y entrar a la tienda, el capitán salió fuera.

—¿Estábamos perdidos? —Las palabras salieron de su boca antes de que lograra detenerlas.

El capitán, que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí, se detuvo sobre sus pasos y se volvió para mirarlo. Sus ojos marrones se estrecharon peligrosamente al fijarse en Steele.

—¿Ocurre algo, sargento?

—No nos perdimos... —Esperó deliberadamente antes de añadir el resto—. Señor, estábamos exactamente donde nos ordenó que estuviésemos. E hicimos exactamente lo que nos ordenó que hiciéramos.

Por el lenguaje corporal del capitán podía ver que estaba yendo demasiado lejos. Pero no le importó. La estupidez de aquel hombre había matado a Brian, y él no estaba dispuesto a permitir que saliera impune de aquello.

No iba a permitir que se lo tomara a risa.

El capitán se adelantó con esa vieja actitud que los militares usan para tratar de intimidar. Le hubiera funcionado mejor de no haber sido trece centímetros más bajo que Steele.

De todos modos, Steele se había vuelto inmune a esa táctica, dado que había crecido con su padre tratando de emplearla constantemente.

El capitán habló en un tono grave y mortífero.

—No volverás a hablar de este asunto con ningún alma viva. ¿Me has entendido, soldado?

Steele apretó los dientes mientras sentía crecer la rabia en su interior, y mantuvo la boca cerrada para evitar decir algo que, sin duda, le acarrearía problemas.

—¿Lo has en-ten-di-do?

—Sí, señor.

El capitán asintió.

—Bien. Te será asignado un nuevo compañero esta tarde. A las cuatro en punto de la tarde preséntate en mi tienda para tu nueva misión.

Steele sabía mantener la boca cerrada, pero no pudo contenerse.

—¿Se trata de otra misión donde nos perderemos, señor?

La rabia en los ojos del hombre era evidente.

—No haga tonterías conmigo, sargento. Sabe muy bien que

incluso a los mejores de nosotros a veces les fallan las armas. Sería una verdadera pena que un hombre con su talento se encontrara con un rifle defectuoso cuando lo necesitara, ¿no cree, sargento?

¿Ahora aquel capullo lo estaba amenazando? Sintió unas ganas irreprimibles de darle un puñetazo en esa cara engreída. Pero sabía que era mejor no hacerlo. Lo único que conseguiría sería que lo arrestaran.

—Sí, señor —dijo Steele con los dientes apretados.

El capitán pasó otros tres segundos contemplándolo con odio antes de retirarse.

—Harás lo que se te ha dicho, soldado, y recordarás quién manda aquí.

Steele observó cómo el hombre se dirigía hacia la parte sur del campamento y con cada paso que daba su rabia no hacía más que aumentar.

Ese creído y jodido bastardo no debía mandar en nada.

Miró el cuaderno que llevaba en la mano y leyó las palabras prolijamente escritas.

Hola, Cody:

Otra nota de papá. He estado pensando hoy en ti y extrañándote como loco. Sé que estás cuidando de mamá por mí...

El rostro de Brian surgió en su mente... seguido de la imagen de su muerte.

Todavía ahora podía sentir la sangre de Brian, caliente y pegajosa, salpicándole la cara.

«Incluso a los mejores de nosotros a veces les fallan las armas...»

Esa amenaza era más de lo que podía tolerar. Dejó caer la libreta, levantó el rifle y apuntó al objetivo.

Antes de que ningún pensamiento racional pudiera detener sus emociones, apretó el gatillo una sola vez.

El casco de la cabeza del capitán salió disparado. Aterrizó golpeando contra la arena y ésta se esparció alrededor. Se hizo un silencio total mientras todo el mundo intentaba descubrir si había sido un disparo o un petardo inesperado.

Los únicos que sabían lo que en realidad había pasado eran él y su blanco.

Y mientras el capitán se meaba en los pantalones ahí delante de todos, un solo pensamiento atenuaba la satisfacción de Steele.

Aquella había sido, sin duda, la jugada más tonta de su vida.

Capítulo uno

—*H*ermana, he encontrado al hombre para ti...

Sydney Westbrook se rio de las alegres palabras de Tee mientras apartaba la silla giratoria de su escritorio, para ver a su jefa de pie tras ella en la entrada de su cubículo. No eran en realidad hermanas, lo cual resultaba evidente por el hecho de que Tee era vietnamita-americana, mientras que Syd era portuguesa, italiana e inglesa... una peculiar combinación genética que le daba un extraño aire exótico. Un aire que no había estado mal hasta que Angelina Jolie había irrumpido en la escena de Hollywood.

Es difícil ser un agente secreto cuando uno parece el doble de alguien tan famoso. Había veces en que llegaba a odiar absolutamente a una mujer a la que ni siquiera conocía.

Pero si tenía que ser la gemela de aquella a la que solía referirse como «esa mujer», hubiera deseado tener un cuerpo que también estuviera a la par del suyo. Desafortunadamente, la naturaleza no había sido tan generosa con ella, y no sólo tenía la maldición de ser bajita, sino que además era ancha de caderas. Por no mencionar que, desde que había dejado la escuela elemental, no tenía la talla de vestido de su famosa homóloga.

—¿Así que tienes un hombre para mí?

Tee asintió.

—Sí, *madame*, y es justo como ordenó el doctor. —Le entregó una carpeta—. Joshua Daniel Steele Segundo. Le gusta el submarinismo, restaurar motocicletas antiguas y jugar con armas de fuego. Mide metro noventa y tiene el cabello y los ojos oscuros. Ex militar. Absolutamente perfecto para ti.

Mientras examinaba los contenidos de la carpeta, Syd vio

cuál era exactamente la razón de que fuera un ex militar, y la verdad es que no resultaba nada reconfortante.

—¿Está en la cárcel?

Tee se encogió de hombros.

—Un ligero obstáculo en la carretera, pero podemos esquivarlo si estás interesada.

Mmm... Se detuvo a considerarlo. Los convictos suelen venir con mucha carga emocional, y lo último que ella necesitaba era un llorón o un loco. A Syd nunca le había gustado hacer de enfermera de nadie. Lo que ella necesitaba era un hombre sin traumas que pudiera hacer lo que ella pidiera sin quejarse ni hacer preguntas... algo que parecía imposible de encontrar.

¿Por qué había tantos hombres que querían hacer las cosas a su manera? ¡Ugh!

Pero a medida que Syd revisaba el dossier se veía obligada a reconocer que aquel hombre parecía tener un enorme potencial.

—Es impresionante.

Y al mirar las fotografías que había al final de la carpeta tuvo que corregirse y admitir que era muy impresionante.

Aquel tipo estaba definitivamente hecho para el pecado. Su cuerpo era delgado y fuerte por las muchas horas de entrenamiento en el ejército. Tenía ojos oscuros, seductores y una sonrisa que podía haber estado en la portada de una revista de modelos. Se distraía con esos pensamientos para evitar silbar ante el paquete que exhibía.

Nunca había visto a ningún hombre tan musculoso y bronceado.

Al menos no lo eran los que pasaban una noche o dos en su cama...

Queriendo detener el curso de sus pensamientos, cerró la carpeta y se la devolvió a Tee.

—Si te soy honesta, te diré que en realidad no estaba buscando un chico guapo.

Antes de que Tee pudiera responder, se alzó una voz masculina.

—Oh, ¿Syd la *Despiadada* ha vuelto a la ciudad?

Syd soltó un suspiro de exasperación mientras el guapo pero estúpido Hunter Thorton-Payne se situaba justo detrás de

Tee. Era una pena que el hombre fuera un imbécil pretencioso. Tenía una apariencia suave y sexy casi imposible de resistir... hasta que abría la boca. Entonces era más repugnante que un animal en celo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo va la recuperación del testículo, Payne? ¿Todavía cojeas?

Él la miró entrecerrando los ojos antes de continuar su camino hacia su escritorio.

—Ya me lo imaginaba —dijo Syd en voz alta—. Recibí una postal de agradecimiento del Programa de Paternidad la semana pasada. Parece que quieren condecorarme por salvar la diversidad de los genes.

Se oyó un coro de risas de los otros agentes federales de la oficina.

—Eres tan despiadada... —dijo Tee con una suave risa.

—De ahí viene mi apodo.

Tee sacudió al cabeza.

—¿Sabes que está mal que me hagas parecer Glinda la bruja buena, verdad?

—Llámame Elphaba.¹ Pero no me tires una casa encima, ¿vale?

Como era habitual, Tee continuó con su buen humor.

—Está bien, Elp. ¿Éste te sirve?

Syd dudó mientras lo consideraba.

—No lo sé.

Tee sacó una fotografía de él con el pecho desnudo y sudoroso mientras hacía abdominales que mostraban cada uno de sus músculos. La agitó delante de ella, como si fuera un pedazo de delicioso chocolate.

—Vamos, Syd. Confía en mí. Quieres hablar con este tipo.

1. Se trata de alusiones a los personajes protagonistas de un musical estrenado en Broadway en 2003. Se titula *Wicked* y cuenta la historia de las brujas de Oz antes de la llegada de Dorothy. Elphaba tiene fama de bruja mala y Glinda es el hada buena. Al principio no se soportan, pero con el tiempo se descubre que ambas tienen buen corazón y llegarán a ser grandes amigas. (*N. de la T.*)

Necesitas hablar con este tipo. —Luego hizo que su voz sonara más profunda—. Vamos, cariño, soy demasiado sexy para mi camisa...

Syd sacudió la cabeza riéndose. Tee era incorregible.

—Sólo si me prometes que no me perseguirá para un polvo rápido. No necesito y no quiero más *playboys* en mi vida. —Syd estaba harta de hombres como ésos. Se había jurado que la próxima vez que otro hombre como ése entrara en su vida sería ella misma quien le dispararía.

O le haría exactamente lo mismo que le había hecho a Hunter. Tee devolvió la fotografía a la carpeta.

—Muy bien. Entonces nos encontraremos con él dentro de una hora. ¿Estás preparada?

Syd miró su ordenador. Tenía muchísimo trabajo que hacer, pero necesitaba asegurarse de que este hombre funcionaría. No podía permitir que otro hombre la dejara en la estacada.

No era fácil encontrar un asesino de sangre fría que pudiera ir y cumplir con su tarea sin ningún remordimiento, preguntas o complicaciones.

A juzgar por el archivo, Steele parecía ser justo lo que el médico requería, los hombres del ejército eran buenos obedeciendo órdenes.

Pero los convictos no lo eran...

Syd suspiró mientras sopesaba los pros y los contras de tratar con aquel hombre. Si por la razón que fuese aquello no salía bien, no habría tiempo para encontrar un francotirador que lo sustituyera. Ya habían revisado innumerables archivos de los Marines, del Ejército... todos. Ninguno de ellos servía.

Quedaba el loco convicto submarinista de Steele, él era todo o nada.

Dios los ayude.

—Sí, iré con vosotros para echar un vistazo.

—Bien. Oh, casi me olvido de la mejor parte... ¿Conoces a nuestros amigos de Protección Activa?

Syd apretó los dientes al oír mencionar la «compañía de seguridad» que era una conocida fachada que servía de tapadera al crimen organizado, mercenarios y asesinos a sueldo.

—¿Qué pasa con ellos?

—Han estado en contacto con nuestro chico, Steele. Tengo entendido por buenas fuentes que incluso le hicieron una oferta de empleo no hace mucho tiempo.

Una lenta sonrisa se levantó en su rostro. Oh, sí, era perfecto.

Tee le guiñó un ojo.

—Haz lo que sea que necesites para estar lista mientras yo me peleo con Joe para que nos dé su visto bueno.

Syd observó a Tee mientras ésta se dirigía al despacho privado que compartía con su director, Joe Public. Cuando Syd había firmado con la agencia, su programa había sido exclusivamente proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

Era un juramento que ella se tomaba de lo más en serio. Si fallaba en aquella misión, no había modo de saber qué repercusiones podrían afectar no sólo a su vida, sino también a las de millones de otras personas.

¿Quién hubiera pensado que el mejor modo de salvar vidas era arrebatarse una? Joe la había sermoneado con eso desde su primer día de trabajo.

Incluso tenía un nombre para llamarlo. Poda política. Para hacer que el árbol crezca, las ramas muertas, secas y contaminadas tienen que quitarse. Si no se caen por su cuenta, entonces uno tiene que sacar la sierra y cortarlas. Al principio, había sido tan inocente como para pensar que ella nunca podría ser tan cínica. Pero el tiempo y las misiones finalmente habían conseguido arrastrarla hacia el modo de pensar de Joe.

Estaba en un mundo de perros que se comían a otros perros, y ella daría el bocado más grande de todos.

Capítulo dos

— **E**l hombre disparó un tiro a su comandante.

Ignorando su comentario, Tee se apoyó en el escritorio de Joe y leyó por encima de su hombro. Él estaba revisando la carpeta que ella le había entregado, la cual contenía el dossier de su último posible recluta: Joshua Steele, antiguo francotirador del Ejército, ahora un residente casi permanente de Fort Leavenworth, Kansas.

Ella no podía entender las reticencias de Joe respecto a ese pequeño detalle de que Joshua hubiera sido enviado a la cárcel. Normalmente él veía un buen potencial en todo lo que ella le ofrecía.

—Así que ésas tenemos... Es hosco y tiene mal genio. Marcha a su propio ritmo y toma decisiones rápidas. Está bien, estamos de acuerdo, disparar contra su jefe no fue precisamente brillante, pero todos hacemos estupideces de tanto en tanto. Más allá de ese pequeño y crítico error de juicio, suena como un recluta perfecto para el Departamento de Defensa Americano.

Joe la miró divertido mientras cerraba el archivo.

—Disparó a su comandante.

Tee no podía entender por qué seguía obsesionado con eso.

—¿Y eso qué más da? Ha pasado incluso el escrutinio de Syd, y sé que no tengo que explicarte que esa hazaña representa una proeza mortal.

—Yo sería su comandante, Tiger. ¿No crees que ya he recibido suficientes disparos en el curso de mi carrera?

Ella puso los ojos en blanco y le arrebató la carpeta de las manos.

—Nunca vas a superar lo de Praga, ¿verdad?

Él le dirigió una mirada indignada mientras se daba una palmada en la pierna.

—Tú me disparaste en el muslo.

Ella resopló.

—Fue sólo en la parte de carne.

—La parte de carne..., pedazo de imbécil. Un milímetro o dos más y me dejas sin descendencia.

Ella agitó la mano con desdén mientras volvía a su escritorio de metal, que estaba justo en frente del de Joe. A diferencia de éste, siempre escrupulosamente limpio, el de ella estaba lleno de catálogos, carpetas, papeles y varias pequeñas estatuas de Amy Brown² que coleccionaba.

—Sí, sí, agradece que estaba cansada y me falló la puntería. —Puso la carpeta en su gran maletín negro—. Ahora deja de comportarte como un niño y haz esa llamada.

Él continuó mirándola con enfado.

—¿Por qué cuando me disparan a mí dices que me porto como un niño, y cuando te disparan a ti se trata de una cuestión de vida o muerte y de seguridad nacional?

—Porque yo estoy más guapa con falda corta. Ahora haz la llamada, Joe.

—Haz la llamada, Joe —se burló él mientras alcanzaba su anticuado fichero de direcciones.

Personalmente, ella prefería su pequeño asistente digital personal, pero Joe prácticamente tenía fobia a la tecnología... odiaba todo lo que fuera electrónico. A excepción del control remoto de la televisión, y ésa era una afición en la que ella ni siquiera quería pensar.

Abrió la tapa y comenzó a pasar las fichas.

—¿Eres consciente de que soy el jefe de esta agencia?

Tee hizo un sonido burlón mientras abría su cajón de archivos y buscaba allí el resto de los papeles que había reunido sobre Steele.

—El jefecillo, querrás decir. Por la mañana no eres capaz ni de encontrar la llave de la puerta a menos que yo te la dé.

2. Artista americana que se ha especializado en un arte de fantasía, con muchos retratos de hadas. (*N. de la T.*)

Él continuó hojeando las fichas sin mirarla a ella.

—Sólo porque no soy una persona de mañanas.

Ella lo miró con malicia.

—Tampoco eres una persona de noches. Reconócelo, pequeño. Sólo tienes dos buenos minutos al día. El minuto inmediatamente anterior al mediodía y el que le sigue después.

Él le lanzó una mirada feroz que de hecho podría haberla asustado si ella no hubiera estado cargando un arma de mayor calibre que la suya.

—Lo sabes, podría despedirte. Podría disponer las cosas para que fueras asesinada. O incluso yo mismo podría asesinarte.

Mientras él fanfarroneaba, Tee organizaba algunos de los papeles más desordenados de su escritorio.

—Ooooh, una amenaza espeluznante. Podría hasta resultar creíble si no fuera por el hecho de que sé cuánto odias el trabajo administrativo.

—Pero sé manejar un ordenador.

Ella tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. Lo primero que había aprendido años atrás cuando habían sido compañeros en la CIA, era que Joe Public preferiría ser golpeado en la cabeza con un martillo de clavos antes que sentarse ante un escritorio para trabajar con un ordenador.

—Sí, bien. ¿Qué estabas diciendo hace diez minutos? Saca esa maldita cosa de mi escritorio antes de que la dispare. Ahora haz esa llamada, cazador de pacotilla.

Joe le lanzó un pedazo de papel enrollado antes de marcar el número.

Tee lo cogió en el aire, lo besó y luego se lo arrojó de vuelta a él.

Le rebotó en la cabeza.

Él le soltó un gruñido mientras se inclinaba para recogerlo, como un buen obsesivo-compulsivo y lo lanzaba al cubo de basura.

—Realmente debería despedirte.

Tee iba a comentarle que ella no tenía esa suerte, pero justo cuando estaba a punto de abrir la boca él comenzó a hablar con su contacto del Ejército.

Ella se contuvo para no sonreír ante el hecho de que se ha-

bía salido con la suya... otra vez. Casi siempre lo conseguía con Joe. Era como un grande y hosco oso en una cueva. Le dabas un empujón, él gruñía amenazadoramente y luego se apartaba a un lado mientras mostraba sus colmillos y te miraba desafiante.

Por otra parte, Joe sólo hacía aquello por ella.

En lo profundo, ella sabía la verdad. Joe Public nunca fue fácil de convencer. Era duro, despiadado y severo, uno de los mejores agente que la CIA había tenido nunca. Joe no conocía el significado de la palabra «jugar».

Lo cual resultaba una lástima, teniendo en cuenta lo guapo que era. Tenía el cabello largo y castaño oscuro y solía llevarlo recogido en una coleta.

Sus ojos eran tan azules que deberían ser ilegales y su trasero tan magnífico que los agentes de Hollywood se hubieran lanzado a contratarlo.

Ella lo había visto sin camisa una o dos veces durante alguna misión y nunca se había recuperado plenamente de aquella visión. Delgado y firme, su cuerpo podía competir con el de cualquier gimnasta. Y cada vez que ella lo vislumbraba se sentía poseída de una necesidad cruda de lamer cada centímetro de él...

Tee puso freno a esos pensamientos... como siempre hacía. El trabajo y el juego no podían mezclarse.

Joe era su ex compañero y, a fin de cuentas, su jefe. Nunca podría haber nada más que eso entre ellos y ella lo sabía.

Pero en su interior, en zonas que no debería admitir, quería mucho más que una mera relación laboral con él.

Escuchó ese tono suyo de seriedad absoluta mientras hablaba con su contacto. Joe era un chico de la ciudad de Nueva York capaz de disfrazar su acento el noventa y nueve por ciento del tiempo, pero cuando intentaba intimidar o hacerse con el control, ese acento salía con toda su fuerza.

Y había en él algo infernalmente sexy. Aunque en realidad su voz siempre era sexy. Profunda y resonante, tenía la virtud de provocarle escalofríos que recorrían su columna arriba y abajo.

Joe colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó ella, ocultando el hecho de que se

avergonzaba de admitir que había estado tan concentrada en él que no había escuchado la conversación.

—Resérvanos un vuelo para Kansas, Dorothy. A ver si *Toto* sabe ladrar.³

3. Alusión relacionada con la del musical *Wicked*. Esta vez la referencia es *El Mago de Oz*, cuya protagonista es Dorothy, y a su perro *Toto*. En este caso, Sydney sería Dorothy y Steele, *Toto*. (N. de la T.)